

En cuanto á Luis, si en otro tiempo le temia por los secretos que podia revelar, la causa que se le habia seguido en la audiencia y por la cual fué absuelta, le daba una garantía contra él.

D^a Inés no pensaba ya, ni en Luis ni el Señorito, cuando una noche le anunciaron que un hombre preguntaba por ella.

—¿Qué clase de hombre es ese?—preguntó.

—Señora—contestó la esclava—es un pobre; pero parece que es todo un caballero.

—Quizá querrá alguna limosna—pensó D^a Inés, y salió á una antesala en donde aquel hombre la esperaba.

—Señora—dijo el desconocido—deseo hablar á solas con vuesa merced.

—¿Para qué?—preguntó D^a Inés con estrañeza.

—Tengo que decir á vuesa merced algo que le importa

—¿A mí?

—Sí, á vuesa merced.

D^a Inés reflexionó un instante, y luego dijo:

—Vamos á la sala.

Entraron á la sala de la casa, que era una gran estancia lujosamente tapizada y con elegantes muebles de caoba.

—Ya estamos solos—dijo D^a Inés.

—Inés!—esclamó entónces el desconocido—¿es posible que no hayas adivinado quién soy?

La dama lo miró con asombro por un instante.

—¿D. Guillen?—dijo.

—El mismo, Inés; el mismo: ¿será posible que me hayas olvidado? qué no me quieres conocer?

—No, no te he olvidado, Guillen; ¡pero has cambiado mucho!

XVIII.

De cómo pasaba la vida en México Doña Inés de Medina.

DOÑA Inés, merced á la influencia de D. Frutos Delgado y á su especial proteccion, habia logrado salir en libertad y conseguido la devolucion de una gran parte de los bienes que la Inquisicion le habia embargado.

La audiencia toda tomó parte en favor de la dama, y los inquisidores, que al fin eran hombres como todos, cedieron á sus exigencias.

Solo la casa de la calle de la Merced quedó vendida, y su precio se aplicó á las costas del litijio.

D^a Inés seguia viviendo en paz, rica y considerada, porque los oidores frecuentaban su casa.

Vagamente oyó contar la aventura del Señorito en la casa de Tlalteloleo, y supo que habia estado de gravedad; pero D^a Inés consideraba rotas completamente todas sus relaciones con él, y no queria ni recordar lo que con él habia concertado respecto de su boda.

—Mucho, mucho; en un año de sufrimientos he envejecido por veinte, y ahora pobre y apenas convalesciente salgo como de la tumba, y mis primeros pasos me guían á esta casa para buscarte, y para encontrarte tan bella y tan joven como siempre.

—Deja esas cosas que se queden para los jóvenes, porque ya nosotros no lo somos; yo no me olvido de tí, Guillen: ¿estás muy pobre?

—Mucho; tanto tiempo postrado en el lecho, sin atender á mis negocios, abandonado de mis amigos, mis criados me robaron y quedé casi en la miseria, y en esta época de prueba y de aislamiento, solo pensaba en tí, como en mi única esperanza, como en mi Providencia.

—Tienes razón, Guillen—dijo D^a Inés mostrando que se conmovía—tienes razón; yo no puedo olvidarte, yo no puedo abandonarte, yo seré siempre la misma para tí.

D. Guillen escuchó enterrecido aquellas palabras, y se arrojó á los pies de la dama, tomándole una mano y exclamando:

—¡Eres un ángel, Inés! eres un ángel!

D^a Inés, entónces enterrecida, abrió una rica limosnera que pendía de su cintura, y sacando de allí algunas monedas de oro las alargó á D. Guillen, que seguía todos sus movimientos con asombro.

—¿Qué es esto, Inés? ¿qué es esto?—preguntó el Señorito.

—Tómalas Guillen, tómalas, y cree que no tengo mas, y por eso nada mas te doy; pero tú sabes que no te olvido y no dejes de venir á verme.....

—¡Una limosna! ¡una limosna!—esclamó espantado D. Guillen, tomando las monedas y levantándose con un tem-

blor convulsivo—¡una limosna! ¿y piensas que por eso he venido? ¿para pedirte un puñado de oro? miserable! miserable! ahí tienes el caso que hago yo de tu limosna!

Y el Señorito arrojó con furor las monedas, que fueron rodando hasta perderse debajo de los muebles.

D^a Inés lo miraba con estrañeza, de buena fé no comprendía aquel corazón endurecido, lo que podía sentir el de D. Guillen.

—¿Pero qué es esto, Guillen? ¿por qué me insultas?

—Aquí quien insulta—contestó el Señorito con energía—sois vos, señora; vos, que os atreveis á dar una limosna á quien debia haber sido vuestro esposo; vos, señora, que tomáis á un caballero por un mendigo; vos que pensais que el sentimiento que me arrastró á buscaros fué el interes; señora, sois indigna de que un hombre os ame....

D^a Inés contestó con una carcajada.

—¿Os reís, señora? os reís? haceis bien; ahora lloro, lloro este desengaño horrible para mí; pero mañana, ¡ay de vos! yo seré el que ría y vos derramareis inútil llanto.

—Guillen, río, porque no puedo menos que reír al pensar en tu ridículo furor y en tus necias pretensiones, y río mas cuando escucho tus inofensivas amenazas: ¿pudiste pensar, pobre loco, que el dia de ayer era igual al de hoy? tú debias de haber sido mi esposo, eso pasó; ahora dime: ¿qué puede haber ya de comun entre nosotros?

—Inés!—esclamó el Señorito—tú fuiste mia, ¿puedes olvidarlo?

—Quizá habia yo sido de otro antes que tuya y lo olvidé, quizá mañana seré de alguno, y lo olvidaré despues como he olvidado tus amores.

—Víbora, miserable!....

—Ea! basta de insultos, que no estoy dispuesta á sufrir; bastante ha sido ya mi paciencia, te lo he dicho, nada hay de comun entre nosotros, y mucho hago en reconocerte y darte un socorro; si no te moderas y callas, Guillen, te haré arrojar de mi casa por mis lacayos.

—¿Esto mas? esto mas? me vengaré, tiembla!

—Escusa amenazarme, y reflexiona que el tiempo en que vives es otro; que tú pobre y desvalido no tienes contra mí arma de ninguna clase.

—Recuerda á D^a Laura.

—¿D^a Laura? y qué me importa? la Audiencia ha conocido en esa causa y he sido absuelta.

—¿Quizá la Audiencia no conocia toda tu maldad!

—Te engañas, porque lo que no conoció fué tu nombre y tus delitos, que por jenerosidad, y porque aun te apreciaba no quise decir, por lo demás, todo lo supo, todo, y procura ir si te parece á darle algunos datos, y te contestarán que es negocio concluido, y quizá premien tu denuncia enviándote á galeras, para que no mueras de hambre ni te falte ocupacion: ¿te conviene?

D. Guillen miró á D^a Inés de una manera terrible, y luego sin contestarle, tomó su viejo sombrero y salió precipitadamente de la habitacion, murmurando entre dientes:

—¡Me vengaré, me vengaré!

D. Guillen se dirigió inmediatamente de allí á la calle del Reloj, á la casa de D. Lope de Montemayor.

El zaguan de aquella casa estaba cerrado.

La víspera de aquel dia habian enterrado á D^a Laura, y D. Lope no queria ver á nadie absolutamente.

La muerte de D^a Laura, cuya desaparicion habia dado mucho que hablar en la ciudad en el año anterior, pero que

se olvidó despues completamente, no fué sabida sino por el virey á quien D. Lope avisó.

El virey dió parte al rey, por cuanto D^a Laura le habia sido encargada, y se le pagaba una pension por las Cajas Reales, pero no refirió ninguno de los pormenores de la muerte de la dama.

D. Lope hizo á D^a Laura los últimos honores, y se encerró despues en su casa.

Por eso D. Guillen tuvo que llamar fuertemente á la puerta para que le abriesen.

—¿A quién busca vuesa merced?—preguntó un portero. Al señor D. Lope de Montemayor.

—No está visible.

—Sin embargo, anúnciale que D. Guillen de Pereyra desea hablarle.

—Voy á anunciar á vuesa merced.

D. Guillen esperó en la calle un largo rato, al fin oyó sonar el cerrojo, se abrió la puerta y un criado le dijo cortesmente.

—Que pase vuesa merced.

El Señorito, que ya conocia el camino, subió la escalera y se entró sin vacilar á la antesala.

—Dios guarde á vuesa merced—dijo el Señorito al ver á D. Lope.

—Sentaos D. Guillen—contestó secamente el jóven.

—Supongo que vuesa merced comprenderá que mi visita debe tener algun objeto de importancia.

—¡Tal creo!

—Pues bien, deseando ahorrar digresiones paso al asunto principal; vuesa merced conoce la suerte que tocó á D^a Laura.....

—Perfectamente—dijo D. Lope con extraordinaria calma.

—¿Sabe vuesa merced quién la redujo á ese estado?

—Estoy casi seguro de saberlo, y además, conozco á las personas que ayudaron á tan espantoso crimen.

—En tal caso escusemos hablar de todo eso; D^a Inés cometió el delito, y yo fuí su cómplice, su principal instrumento.

D. Lope al escuchar aquella confesion se puso encendido ó hizo un movimiento como para levantarse, pero se contuvo.

—¡Sí, yo fuí el instrumento, el cómplice! puede vuesa merced vergarse en mí, castigarme, tendrá razon, yo lo conozco; pero antes vengo á proponerle una cosa: ¿quiere vuesa merced que le ayude para castigar á esa mujer? estoy dispuesto, luego hará de mí vuesa merced, lo que le perezca.

D. Lope no contestó, pero clavó su mirada en el Señorito como queriendo penetrar en su pensamiento.

D. Guillen no era ya aquel jóven altivo, elegante, audaz, que amó D^a Inés, era un hombre agobiado por la enfermedad y la miseria: sus ropas viejas y raidas, y su barba espesa, inculta y larga, le daban mas bien el aspecto de un mendigo.

En aquella situacion y á primera vista, el Señorito no podia menos de escitar un sentimiento compasivo, pero mirándolo detenidamente, se advertia en sus ojos algo de sombrío, de siniestro, que daba miedo.

Sin embargo, sostuvo la mirada de D. Lope con esa firmeza que tienen solo los que dicen la verdad.

D. Lope comprendió luego que aquel hombre no le engañaba.

—¿Y cómo podeis ayudarme—le dijo—para entregar á esa mujer?

—Yo no sé cómo podré ayudar á vuesa merced, porque no sé lo que vuesa merced querrá hacer con ella; pero en todo estoy á sus órdenes, con tal de que ella no se ría de nosotros.

—Necesito que salga esa mujer de su casa y tenerla en mi poder.

—La entregaré á vuesa merced; pero necesito algun apoyo.

—¿Y qué apoyo?

—Necesito que vuesa merced me preste á dos de sus esclavos ó criados de mas confianza.

—¿No teneis de quién valeros?

—Ya no; con mi enfermedad he perdido las relaciones útiles que tenia.

—Tendreis los criados.

—Ademas, algun dinero.

—¿Cuánto necesitais? pedídmelo con tal de que me entregueis á esa mujer.

—Respondo de ello á vuesa merced.

—¿Qué necesitais por ahora de dinero?

—Doscientos pesos, y quizá no os pida ya mas.

D. Lope, sin replicar, entró á un aposento que estaba contiguo, abrió una gabeta y sacó de ella un puñado de onzas de oro.

—Aquí teneis—dijo al Señorito poniendo el oro sobre una mesa.

D. Guillen sin precipitacion se levantó, se dirigió á la mesa y comenzó á contar; aquello hacia mas de trescientos pesos.....

—Sobra dinero—dijo.

—No importa, llevadle, que todo es para vos.

—Gracias—dijo secamente D. Guillen y comenzó á sepultar aquellas onzas en las bolsas de sus greguescos.

—Ahora con permiso de vuesa merced me retiro—dijo despues de haber terminado su operacion.

—¿Y cuándo volveré á veros?

—Muy pronto vendré á anunciar á vuesa merced que el pájaro está en nuestras manos, pero será esto de noche.

—Mejor, y á cualquiera hora llamad y haceos anunciar, porque yo no recibo á nadie.

—Pronto sabrá de mí vuesa merced.

—¡Ay de vos si me engañais!

—Confie vuesa merced en mí—contestó D. Guillen y salió alegremente de la casa de D. Lope.

El Señorito iba contento, porque tenia en planta su proyecto de venganza, y porque sus bolsillos estaban llenos de oro.

Aquel hombre no podia olvidar, ni el desprecio cruel de D^a Inés, ni la espantosa miseria que habia sufrido por tantos meses.

Como si ya tuviese dispuesto de antemano lo que habia de hacer, no se detuvo ni un momento á reflexionar, y se dirigió á la plaza de los estudiantes, en donde habia en aquellos tiempos algunas barberías en que se desollaban los rostros de los hombres de poco valer y de ninguna fortuna: allí por una cantidad insignificante, por cuatro, por seis tlacos, se echaba por tierra la mas tupida barba, y se *tusaba* al indio mas encopetado, dejándole como adorno dos largos mechones encima de las sienes, que se llamaban *balcarrias* ó *balcarrotas*.

D. Guillen entró en una de aquellas barberías, y en un cuarto de hora quedó sin un pelo en la cara.

Pagó y salió de allí en busca de ropa para reemplazar la que llevaba.

Entonces no habia almacenes de ropa hecha, ni sastres que confeccionaran un traje en pocas horas: la sastrería era en aquellos tiempos una ciencia llena de misterios y de dificultades.

Pero en cambio habia *los baratillos*, bazares á los cuatro vientos, en donde todo se compraba y todo se vendia, desde la ropilla y el ferreruelo de un conde, que el lacayo escamotaba para sacar provecho, hasta la llave mohosa del cuarto que se llevaba el inquilino, que no pagaba renta, y que se desaparecia.

Nada se podia buscar que no se encontrase allí, nada se podia llevar allí que no hubiese álguien que lo buscase. Las necesidades se daban cita en el *baratillo*, la necesidad de comprar buscaba á la necesidad de vender, y allí se encontraban, allí terminaban los objetos una carrera para comenzar otra; allí estaba el verdadero comercio en todas sus formas, y con todos sus arbitrios.

De allí sacó un traje completo D. Guillen de Pereyra.